

CULTURA

58

••• REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION •••

SAN SALVADOR

EL SALVADOR

CENTRO AMÉRICA

OCTUBRE - NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1970

CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION

MINISTRO
LICENCIADO WALTER BENEKE

SUB-SECRETARIA
LICENCIADA ANTONIA PORTILLO DE GALINDO

DIRECTORA DE LA REVISTA
CLAUDIA LARS

Nº 58

OCTUBRE - NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1970

MINISTERIO DE EDUCACION. DIRECCION GENERAL DE CULTURA.
DIRECCION DE PUBLICACIONES. SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 7 0

HSR004148 E.3

INDICE

	PAGINA
Despedida	7
Noé Canjura	9
Antonio Salazar	
La magia de Canjura	12
Mario Hernández Aguirre	
Canjura	15
Pierre Cabanne	
Noé Canjura	19
Raúl Elas Reyes	
Noé Canjura y el itinerario de la luz	22
Hildebrando Juárez	
Noé Canjura: inmortal	24
Alfonso Orantes	
Fragmento de una carta de la viuda de Noé Canjura al pintor salvadoreño Raúl Elas Reyes	29
Opiniones sobre Noé Canjura	31

DESPEDIDA

Queridos amigos:

Desde el año 1962 la Revista "Cultura" ha estado bajo mi vigilancia y dirección. Sin modestia ninguna me atrevo a declarar que el trabajo que en ella realicé fue cuidadoso y bien hecho. Ahora, cuando entrego la publicación a manos más jóvenes (debido a que el cansancio producido por mi avanzada edad debe tomarse en cuenta) deseo señalar lo siguiente:

1º) Desde que me hice cargo de la publicación su título fue, para mí, *un seguro camino directivo*. Por eso escogí con sumo cuidado el material literario que iba formando sus diferentes números.

2º) Me propuse que fuera una revista *salvadoreña y centroamericana*, antes que un órgano divulgativo de letras universales. Usé muy poco las tijeras y mucho los ojos y el buen gusto.

3º) En sus páginas aparecieron colaboraciones de escritores viejos, jóvenes y hasta adolescentes, sin importarme su filiación política o religiosa. Como representante (en el campo literario) del Ministerio de Educación, supe mantener el equilibrio y la discreción necesarios, frente a diferentes ideas y expresiones. Nunca fui una censora de nadie, aunque, a veces, me atreví a ser una consejera.

4º) Treinta y cinco números impresos entregué a numerosos lectores. En cada uno de ellos puede encontrarse respeto y admiración por todos los que, en nuestra patria, se dedican al arte y las letras.

5º) Entre los números mencionados, siete pueden llamarse *especiales*. Estos fueron dedicados a don Francisco Gavidia, a don Alberto Masferrer, a Rubén Darío, a Miguel Angel Asturias, a escritores de generaciones pasadas (Nº 47), a los mejores poetas de El Salvador (Nº 54) y, el último, al gran pintor salvadoreño Noé Canjura.

6º) Si el formato de la revista pareció a muchas personas demasiado anticuado, informo que así lo recibí de otras manos. No quise modernizarlo por estar ligado al recuerdo de un gran amigo y publicista: Ricardo Trigueros de León. Además, lo sentía muy de acuerdo con mi manera de ser.

7º) Me encanta que muchachos llenos de fuerza constructiva y de avanzadas ideas publiquen, de aquí en adelante, "Nueva Cultura". Sinceramente les deseo triunfos en su labor. Con afecto verdadero les digo:

*Cuando termina el canto en una boca
en otra boca empieza
y del lodo podrido se levanta
la nueva primavera.*

Claudia Lars

NOE CANJURA

Por Antonio SALAZAR

Embajador de El Salvador en Francia.
París, mayo de 1968.



ANTONIO SALAZAR

Noé Canjura nace en Apopa, República de El Salvador. Todo horizonte es volcán, los espejos de los lagos son los reflectores del sol. Este teatro geográfico está vestido de un humus tibio que cubre la piel ondulada del país.

Montes, flores, frutos, pájaros, insectos... son los colores. El derrumbe ostenta el trabajo de los sopletes volcánicos; la tierra se abre rayada en azufres y cardenillos, rosas y carbones, violetas, ocre, negros y rojos quemantes...

Los caminos en espiral son las calles del país. El habitante se multiplica como la hormiga. El indio —el *pipil*— nieto del azteca, corre, sube, cultiva el cráter y el pico que pellizca el cielo.

Canjura, campesino adolescente, trabaja la tierra cálida; diez y seis kilómetros separan Apopa de la capital. Apopa es el campo, San Salvador es la Academia de Pintura.

Si la tierra es el color, la carretera le enseña la curva, el cruce y la espiral. El ritmo de descenso y la subida están punteados con la música rural del zumbido del insecto, del grito del pájaro, del alarido del coyote y del tono mayor del revólver ciudadano, del retumbo y del rayo celeste... venenos fecundos que nutren el alma del habitante *pipil*.

Este es el itinerario inicial de la pintura de Canjura; el ir y venir de sus pies desnudos dibuja la rota serpiente de sus huellas, de la misma manera que el caminante se desplaza en los códices mexicanos.

El meridiano expresivo de esta América India es la Pintura Mexicana.

Canjura, nutrido de tierra dolorida y colores ácidos, es absorbido por el grito gráfico de la Revolución Mexicana (Rivera, Orozco, Siqueiros), y por el grano de sal y pimienta hirviente de Tamayo.

Canjura, como el Xipe azteca, llega a México despellejado, rompiéndose la piel en el esfuerzo de pintar.

Este *pipil* heredó algunas curvas mayas y alguna dureza del ancestro azteca.

Con los ojos abiertos ve a los pintores mexicanos hacer cantar el color *negro* que, Baudelaire creía un *cero* solitario e insignificante; el rojo —lago de sangre— ramo de llagas de la injusticia y la lucha de la Revolución (“Paisaje rojo”, “Niño dormido”). También ha quedado en su oído el eco lejano del “preguntador” de Chilam-Balam, al llamar al sol sagrado huevo frito y decirle al chile, verde tigre...

Noé Canjura se parece al pez de cuatro ojos —ve América y ve París—; como el pez barroco de los ríos de El Salvador, pez prestidigitador, aprende la realidad implacable y el vaporoso, poético e impresionista mundo submarino.

Hoy, este pintor disfraza el volcán en monte urbano; se le viene encima “Montmartre”, vértice donde se rompió todo, aquí fue la catástrofe magnífica de toda academia.

A las musas danzantes, las substituyeron las realidades actuales, para enseñar un verdadero mundo roto y miserable.

El sol negro de la tragedia que encendieron los pintores mexicanos y el estallido rojo —lago de sangre— púrpura de la miseria, no puede oírse ni verse a través de la perla gris, atmósfera de “L’Isle de France”. Injerto mágico de lo patético y del prisma de la luz de Francia.

La flauta india se desmaya en un algodón musical a lo Debussy (Bonnard).

Recuerdos del ojo: el amarillo luz y polen solar, maíz seco, limón y naranja...

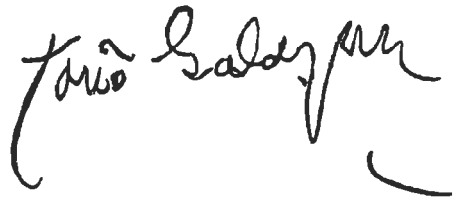
Verde milpa (“tu superficie es de maíz”, dice el poeta mexicano), verde tuna, marihuana y jade... Ocre, tierra y chocolate, lava y volcán...

En la sabia lámpara de París hay un color-luz que Canjura descubre en iris nuevo (Chagall).

Este nuevo viaje de los ojos de Canjura a México —*el lugar más transparente de la tierra*— alimentará las pupilas registradoras de este buscador de verdades pictóricas.

Canjura anda del brazo con la loca de la casa, como llamaba Pascal a la imaginación.

Personalmente, me escondo entre las palabras de Valéry: “Siempre debemos excusarnos de hablar de pintura”...

A handwritten signature in black ink, reading "José Salazar". The signature is written in a cursive, flowing style with a large initial "J" and a long, sweeping underline.

La Magia de Canjura

Por Mario HERNANDEZ AGUIRRE

La pintura de Canjura es el reencuentro de una experiencia y de una realidad artística vividas en forma intensa, con las verdaderas fuentes nutricias del ser americano. No en el aspecto puramente formal o expresivo, sino más hondo aún, en su verdadera esencia, en lo más recóndito y puro de una vocación artística.

Porque si Canjura, después de la experiencia mexicana —que ayudó a cimentar el misterio que nació con él como el maíz o el cielo de Cuscatlán— se desterró voluntariamente en París, y los grandes maestros le dieron el uso de la técnica y le abrieron los ojos hacia nuevos panoramas, seguía viva, permanente en él, la secreta llama de hechicería que no puede morir jamás cuando un artista es auténtico. Y es esa llama lo que ha llevado a los críticos de



MARIO HERNANDEZ-AGUIRRE

Francia, Suiza, Alemania, etc. a encontrar en Canjura un pintor de calidad europea, apegado con fervor a la cálida luz de su tierra natal, no obstante que su pintura no nos refleje ahora las selvas húmedas y los campos arados bajo el duro mediodía de marzo. No necesitaba el artista devolvernos una simple visión de la tierra. Ha ido más allá: trabajando bajo la luz mágica de París no se ha divorciado del color y de los misterios del trópico, sino al contrario, con ellos ha construido, dentro de una nueva técnica muy personal, a grado tal que las iridisaciones que estallan en sus telas, el volumen y peso de sus soles amarillos, se sienten intensamente tropicales, milagrosa y hechiceramente tropicales.

La piel en el artista podrá haberse tornado más exacta, la calidad del trabajo ha sido superada en una forma heroica, fruto de una labor constante y ascendente, pero esa piel se viste ahora con la misma luz, reencontrada y por tanto más brillante.

Cuando a los veinte años Canjura regresó a El Salvador, después de su aventura en México, sentía el tropel de la sangre americana, y con ese impulso saltó hasta París, a Bellas Artes, en donde largo rato se nutrió de la Escuela Francesa, pero sin olvidar jamás el lejano grito que siempre era permanente, ya sea en la hermosa y sombría época negra que nos conduce hasta adentro de la semilla misteriosa que vegetaba en este campesino, nacido y crecido en un pueblo humilde y sencillo, o después, en su plenitud, reencontrado en hermosos rojos, en amarillos jóvenes, en dilatados y suaves azules. Por donde quiera que examinemos la brillantez y frondosidad de su paleta, el color está mágicamente unido al misterio. Al misterio que surge y brota, de pronto como el "chorro de la fuente".

Trabajando duramente en París —en donde no hay que excluir ni enfermedades, ni lucha diaria, ni privaciones— Canjura logra identificarse y de su mano comienzan a surgir telas calculadas con exactitud, construidas con excelente conocimiento del oficio, pero siempre palpitantes de un algo vivo que el pintor no dejó olvidado en la tierra lejana. Ese misterio recreado y consentido, acariciado como una piel, habría de darle el camino exacto a su vocación. En plena creación se revive asimismo con la vitalidad de colores que nos hace pensar en la fruta y el río, en la tierra rojiza y en los maizales, en los cercos de piedra y los izotes florecidos. Y es en París, o frente a la ordenada campiña francesa, en donde este pintor recrea los colores que se trajo bien adentro de sus ojos pueblerinos, y los mezcla al juego con formas y luces de horizontes más calmos.

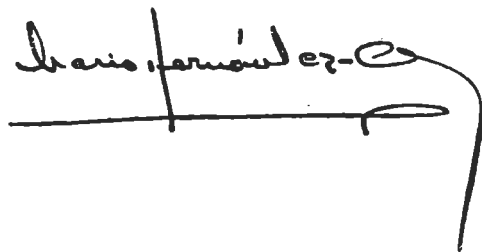
Sabe que ese hilo secreto, que ha crecido en intensidad y en poder explosivo, se robustece y se nutre y se purifica cada vez más con la distancia y el tiempo. Ahora el color del sol en los cielos de Apopa no lo ciega más, ese color vive en el recuerdo como una llaga que nunca se ha de cerrar, y como tal supura la secreta hechicería, transformada, sublimada, ennoblecida. Como las flores de los caballeros medioevales, sabe que hay que mantener limpio el misterio, y la mejor manera es encerrarse en su atelier de la rue Lepic, mirar los techos de

París y pintar llevando en el pincel el calor de la tierra lejana. Ama ese calor, y para no ser absorbido totalmente por la embriaguez que esa riqueza podría ofrecerle, permanece en continua admiración con sus grandes maestros, en comunión diaria con la gran pintura del mundo, defendiendo su misterio, pero sin dejarse absorber inconscientemente por él. Por eso París es en Canjura no sólo un medio de vida, sino una necesidad de vida. ¿Volvería Canjura a su negror realista, de retornar al terruño? . . . Probablemente, aunque la angustia de entonces no sea ahora la misma. Ahora la angustia eterna de la tierra maltratada se mezclaría con la ausencia, con la nostalgia, la tristeza de abrir los ojos lejos del meridiano universal de la cultura, y a la larga el misterio dejaría de ser misterio para convertirse en la vida de todos los días.

Si Canjura se ha colocado, sin ninguna duda, a la cabeza de los pintores de su país, y entre los primeros de la América Latina, su triunfo es el triunfo de alguien que no ha podido arrancarse las espinas de huizcoyol dorado, y desde París sigue pintando con ese secreto fuego que siempre le ha movido y que conlleva el misterio de la luz, el misterio de la tierra, el misterio del aire, el misterio de la misma magia que mamó en el rancho campesino y que estaba con él cuando junto a la milpa espantaba los gavilanes a pedradas.

Canjura pinta como una necesidad vital; y como indio auténtico, esa vitalidad que lo arrancó del terruño, le mantiene vivo, fuerte, audaz, transfigurado lo misterioso y original con la perfección; el sol y las frutas, con la tranquilidad; la vida popular de San Salvador, con la apacible presencia humana y dulce de su compañera adivinada, sutilmente diluida, entre los grupos de personajes revividos con toques nuevos, pero siempre dentro de una gama original y en la que lo más hermoso es el equilibrio de la maestría europea, asimilada y transformada, y el soplo, violento a veces, pero siempre cálido, que viene desde el otro lado del mar: de los maizales florecidos en las laderas de Apopa.

París, 16 de mayo de 1968.

A handwritten signature in black ink, reading "Mario Fernández". The signature is written in a cursive style and is positioned above a horizontal line that extends across the page.

CANJURA

Por Pierre CABANNE

Traducción de Claudia Lars.
(De *Medica. Voir et Savoir*, N° 39,
mayo de 1964. París, Francia).

La luz y el color no siempre han apasionado a los jóvenes pintores. Después de la última guerra un sombrío dramatismo, angustioso y, a veces, hasta obsesionante, se apoderó de ellos, y preocupaciones sociales dieron a sus cuadros intenciones que para ciertas personas parecían insólitas y hasta impertinentes. Tal vez dichas personas ignoraban hasta qué punto la generación que había llegado a su mayoría de edad durante la ocupación alemana, experimentaba hasta lo más profundo de ella misma las resonancias de la tragedia. Al otro lado del mundo, un muchacho de veinte años, cuya adolescencia no conoció la guerra, pero sí la pobreza y la soledad, así como la opresión de una tierra ingrata con paisajes alucinantes visitados por fantasmas, sentía también la humillación, el peligro y la miseria. Había nacido en 1927 en El Salvador, de una familia campesina de tronco indígena: *Noé Canjura*.

Este artista jamás se ha desligado de su tierra. Como todos los de la Escuela de París, después de las primeras emigraciones del principio de siglo, guarda hurañamente la marca de ella: su luz, su cálida violencia, el acre aliento de sus espacios desnudos y la opresión fascinante de sus selvas; quizás la nostalgia de una tarde color violeta, cuando los hombres regresan a sus aldeas abrumados por el cansancio del trabajo del día, o la caricia del viento, el perfume de las flores silvestres, el misterio de una noche más sofocante que las otras, plena de roncós gritos de pájaros, murmullos y llamadas, y el recuerdo de una queja o de un amor. Todos esos rostros burilados por el sufrimiento y el esfuerzo, de color de pan demasiado cocido, cuyas miradas no pueden olvidarse.

Fue necesario que llegara el día —cuando el muchacho tenía diecisiete años— en que comenzara la aventura; en que un amigo de su padre viera los

dibujos que hacía Canjura, sin saber cómo los hacía ni por qué —un retrato de Napoleón!, entre otros—. El joven entró en la Academia de pintura de San Salvador, donde enseñaba el pintor Valero Lecha, quien “lo desbrozó”. Después, salió para México, donde Diego Rivera, Orozco y Siqueiros expresaban, recogiendo las ambiciones de todo un pueblo, la epopeya de su propio renacimiento. Y fue, de nuevo, la enseñanza de la Academia, bajo el dominio del realismo social que estaba de moda, y al fin la propuesta inesperada de un ministro salvadoreño, que al ofrecerle una beca de permanencia en el extranjero le preguntó qué lugar escogería. “París”, respondió el joven pintor. “¿Por qué no?”, dijo el ministro. El destino de Canjura acababa de sellarse.

Vivió cómodamente durante tres años, gracias a la generosidad de su Gobierno, y muy mal los cuatro siguientes, jalonados por angustias, incertidumbres, confusiones y equivocaciones de toda clase; pero también con búsquedas y experiencias. Trabajo en el taller de frescos de la Escuela de Bellas Artes y allí recibió, de El Salvador, el encargo de hacer seis copias de cuadros del Louvre. Dichosamente esos siete años no se perdieron.

Cuarenta años antes un mozuelo de Vitebsk llegó a París, maravillándose, él también, en su soledad, de esta estremecida claridad reveladora: la “luz-libertad”. Hay más de una comparación que podemos hacer entre Chagall (el rubio y rosado eslavo, elfo tierno y burlón, venido de las estepas) y el indio Canjura, negro en su mirada y en su piel, campesino duro y sólido, encarnizado en el cumplimiento de su tarea y jamás en reposo: un mismo éxtasis de asombro, igual exaltación liberadora frente a la realidad, la cándida sorpresa del exiliado que va perdido en el corazón de una tradición, de una herencia, entre las cuales encuentra rumbos, gracias a las vías de su

propia luz. Pero mientras Chagall se evade por el hechizo de su sueño, Canjura se enraiza en él. En 1957, ocho años después de haber dejado su tierra, el pintor salvadoreño regresa a El Salvador. “¡No creía que mi país fuera tan bello!”, declara.

Sabe que una gracia lo ha tocado: abandonando el realismo sombrío se vuelve hacia el color. Es notable fenómeno de estos últimos años el llamamiento, a toda una generación, de la inmensa y enriquecedora delectación de la naturaleza y la vida...

Todo lo que deslumbra, todo lo que seduce, todo lo que canta, solicita o exalta a Noé Canjura. Su ojo negro chispea de júbilo, y de aquí en adelante estará hundido en el deslumbrador verano de las cosas, siendo pintor, además, puesto que súbitamente siente que tiene alas. Ha sufrido demasiado tiempo para poder desembarazarse sin pesares de las severas construcciones de las formas pesadas, de las armonías lúgubres. Se aleja, se aclara, se purifica. Mas que no se engañen: Canjura queda marcado por la tierra rigurosa y áspera de su infancia y de sus primeros sueños: caparazón estructurado, carpintereado, que no debe su arquitectura ni a la luz ni a la sombra, sino a su propia conformación. Al sentirse libre es cuando comprende hasta qué punto la libertad le impone permanecer fiel a sus orígenes. Su verdadero enraizamiento está en él mismo.

1958: “La femme a la fenêtre” (“La mujer en la ventana”); “L’attirance des villes” (“El atractivo de las ciudades”); 1960: “Le botteleur” (“El botero”); 1961: “L’etal de marché” (“Muestra de mercado”); “Tir forain” (“Tiro foráneo”); “Soleils fanés” (“Soles marchitos”); “La Toussaint au Salvador” (“Día de todos los santos en El Salvador”); “Nature mort a la citrouille” (“Naturaleza muerta” (de calabazas).

No reniega este artista ni de los

suyos ni de su país de origen. A través de los gestos familiares, las tareas humildes, las ternuras cotidianas de quien ha elegido, encuentra lo que pertenece a su infancia. *Le marché au Salvador* ("El mercado en El Salvador") aprisiona un recuerdo en el que se superponen imágenes de pequeñas ciudades suyas, pero en *La criée* ("Pregoneras") el olor de la marea, las actitudes de las mujeres, el color y la luz no señalan precisión geográfica; es pintura, y eso es todo.

Que miren sus cuadros de cerca. El lirismo —sutil o esplendoroso pero siempre refinado— de giro en giro irónico, violento o grave, puede llamarse aderezo de un duro asir de la forma; la luz no brota ni se reparte al azar; las manchas de colores, que son más bien sensaciones coloreadas de exteriores de cielo, despliegues tornasolados de telas, de calor y de sol, tienen apariencia de burlarse a la vez de la construcción y la perspectiva, pero se componen y se organizan con la armonía y la gracia de un jardín, donde el desorden es tan sólo apariencia, bajo la rutilancia de los arriates. En una serie de telas pintadas en 1963 sobre temas deportivos, Canjura descubre el movimiento: su pintura, hasta entonces estática empieza a moverse, y así como se había complacido en demostrar pieza por pieza la arquitectura de un paisaje, la composición de una escena, ahora se interesa en analizar el esfuerzo, la tensión, el arrojo o la rapidez. Como Delauney, un medio siglo antes, busca conciliar el problema forma-color con la expresión de un conjunto de movimientos orquestados, coordinados, entregando una acción masiva en su máximo de empuje humano, de dinamismo vital.

Canjura posee un don de síntesis que le permite expresar lo esencial, sirviéndose de formas simples apoyadas sobre horizontes apenas perceptibles y cuyo papel es servir de trama. Su dibujo es

a la vez sencillo y poderoso, sus ritmos saben cercar o apretar una figura para volverla más robusta, pero el rasgo se aleja también y desaparece cuando es necesario ceder paso al color.

Todavía no ha presentado una gran exposición particular en París y esa sabiduría lo honra, ya que a su edad algunos de sus colegas tuvieron ya exposiciones retrospectivas. Canjura expone en los principales salones y hace poco reunió un conjunto de telas para las Galerías Tindlay, de Chicago y Florida, las cuales alcanzaron un gran triunfo. El puesto que ha tomado en la joven pintura de post-guerra, el interés que le demuestran los coleccionistas más expertos, no lo han embriagado. Canjura permanece siendo un campesino, y como tal sabe lo que son la buena simiente y la buena tierra, cuando se tiene la suerte de encontrarlas. En su granja de Elincourt-Morienval dans l'Oise, frente a un horizonte tan vasto que parece que no puede contenerse en una sola mirada, calmadamente interroga un porvenir en el cual los colores son de la tierra, con árboles, colinas y cielo. Porque hay una cierta luz rojiza, dorada, como proyección suavizada del color solar, de sutil densidad, que en propiedad pertenece a este pintor, cuya sensualidad logra hacer palpitar de frescura salvaje cada espectáculo de la naturaleza. Los rutilantes ramos se despliegan, la tierra es fértil y todo lo que de ella viene parece nutrido de savia ardiente. Bonnard habría amado esta visión clara y simple de las cosas, este asombro, esta abundancia, esta concepción de un mundo panteísta, en el cual no sirve de nada querer organizarlo, encuadrarlo o dirigirlo. Sin embargo, no se debe buscar en su pintura ni intenciones ni interrogaciones. Tan sólo un deleite —el más natural y más libre— a pesar de que se conoce la dura disciplina a la cual se somete Canjura frente a la tela.

En menos de cuarenta años su obra

simplemente sabe testimoniar sus do-
nes: es rica como la tierra en cada
nueva estación, como los jardines

cuando florecen. El deslumbrante uni-
verso de Canjura apenas comienza a
habitar el corazón de los hombres.



NOE CANJURA

Por Raúl ELAS REYES



RAUL ELAS REYES

La historia de Noé Canjura —este joven moreno, delgado y fuerte, que con balanceado andar de marinero y mirada fija y abstraída va por las calles de San Salvador— es una historia de lucha:

Un niño que tiene que venirse de madrugada en el camión lechero, desde Apopa hasta la ciudad capital —16 kilómetros— a recibir su clase de pintura en la academia “Valero Lecha”, y que, cuando cediendo a la tentación del sueño lo pierde, ha de hacer a pie el trayecto a San Salvador y también el regreso a su pueblo, si ese día no hubo posibilidad en su casa para darle los pocos céntimos que cuesta el pasaje por tren... Y esto, durante cinco años con algunos intervalos en los que familiares residentes en la ciudad, le ayudan... Luego,

un joven que celebra una exposición en el Casino Juvenil. ¡Triunfo artístico!... Se le condecora en Apopa, en acto público organizado por maestros... ¿Y después?... El joven se da cuenta de que no puede trasladarse a San Salvador, único lugar que le ofrece alguna oportunidad para su avance

artístico. Vinieron entonces meses monótonos y vacíos, que fueron poniendo desaliento y tristeza en Noé, hasta que vio, con espanto, concretarse para él un futuro de “pintor de pueblo”: pintor de santos, de ex-votos y de camarines. Esos eran, en realidad, *los encargos* que recibió durante ese período. . . Cayó en la desesperación. Trabajaba poco. . . pero los sufrimientos no fueron estériles. Su propio dolor lo hizo sensitivo al dolor de los demás: al de los “colonos”, bestias de trabajo esclavizadas a la tierra que produce poco (y casi todo para el patrón), sin otro porvenir que el esfuerzo sin tregua, hasta caer rendidos sobre el surco inferaz. . . Pintó entonces Noé Canjura el “Cristo Indio”, sangrante figura semidesnuda, desmayada sobre un arbusto estéril y sostenida en pie, solamente por las espinas que atraviesan sus carnes. . . A los pies: el “matate” con el mísero producto de la tierra. Este es el cuadro que por su hondo contenido humano había de llamar poderosamente la atención —años más tarde— en la Exposición de Pintores Jóvenes de El Salvador —marzo de 1946— y al que Jorge Edmundo Quiñónez, desde las páginas de “La Tribuna” dedica un bello comentario, que dice así: “Hay algo que llama poderosamente la atención en él. A pesar de su fuerte contenido social, no acusa el menor asomo de “ismo” o tendencia, tan marcada en los falsos artistas revolucionarios. El autor del cuadro no se ha impuesto a sí mismo la tarea de hacer “propaganda artística” o “arte para propaganda”. El hace Arte, simplemente”.

Sin embargo, no hubo sólo tristezas durante el período 1942-46. Cuando la pobreza y el ambiente mortal de un pueblo pequeño estaban a punto de hacer naufragar a Noé Canjura, un encargo, una venta, un triunfo (Tercer Premio en la Exposición Municipal de 1943) le daban nuevos ánimos. Al fin, una serie de retratos lo capacitó para trasladarse a San Salvador y vivir con cierta holgura. Vinieron más encargos. El triunfo parecía seguro. Vinieron días de esperanza y amor. . .

Es virtud del artista extraer, como de una cantera, temas de los propios sucesos cotidianos —no importa qué prosaico e insignificante sea su exterior—. Elevándolos por encima de lo puramente personal los convierte en mensaje de una experiencia capaz de ser compartida y convivida por todos. En la misma Exposición de Pintores Jóvenes, figuraba otro cuadro de inspiración muy distinta a la del “Cristo Indio”, nacido también de experiencias personales plenamente vividas, sublimadas y transformadas en materia de Arte. Me refiero al cuadro “Siesta”, lleno de limpia sensualidad: sobre la tierra arada reposa una pareja; jóvenes abrazados, las cabezas juntas, en abandonada actitud de cuerpos sanos y satisfechos. Están enfocados en un escorzo atrevido, como si el pintor hubiera estado echado de bruces en el suelo, y la pierna flexionada de la mujer —que estira la falda en un triángulo rojo—, corta el horizonte de lomas aradas donde, fertilizada ya la tierra por las lluvias, asoman los primeros brotes de las milpas. . . Cuadro de alegría, inspirado en días de un amor dado y recibido. De un amor que, por desdicha, parece aumentar o

disminuir con los altibajos del éxito económico: porque la mujer, que en los días buenos se siente conmovida y enamorada, piensa en los días malos —según frase de Hernández Catá— que su hombre, “además de no ser nada, es pintor”.

La lucha del artista joven es particularmente dolorosa, no sólo porque tiene que luchar con la pobreza y con la indiferencia del ambiente, sino, sobre todo, porque son los seres amados, los que “lo quieren bien”, quienes constantemente hacen resaltar ante sus ojos “la locura” de la lucha artística, invitándolo a desistir. . . Un carácter poco fuerte termina allí, en un mísero empleo de mostrador, o en la bohemia desesperada y sin salvación. Junto a Noé Canjura se ha mantenido un hombre, sin embargo, ayudándolo en lo que puede: su padre. Hombre sencillo que no entiende mucho de arte, pero que confía en el talento de su hijo.

Quisiera escribir aquí que Noé Canjura ha triunfado ya, si la palabra “triunfo” tuviera verdadero sentido en nuestro país. En un ambiente sin consistencia —que no ofrece soporte a la obra buena ni resistencia a la mala— un triunfo artístico es como una huella trazada con el dedo en barro blando: la huella se extingue tan pronto como se ha dibujado. Si un triunfo representara aquí —como en otros ambientes— un peldaño más en la escala del éxito, Noé Canjura —joven de 24 años— estaría ya en los peldaños altos, apoyado en la calidad de su arte. Y en realidad, “a pesar de todo” y por obra de su talento, Canjura ha logrado abrirse paso. Aunque el retrato es sólo uno de los aspectos de su capacidad, hace ya algún tiempo que viene siendo solicitado como retratista y demanda precios de ₡ 200.00 y ₡ 300.00 por una “cabeza”, y más, por obras de tamaño mayor. La serie de retratos presentados en la Exposición de Pintores Jóvenes (Don Ricardo Sagrera, doctor De Sola y señora, señor Andrés Thoressen, etc., etc.) muestra sus condiciones de retratista, seguro de su técnica, verdadero en el dibujo. Trabaja ahora en los retratos de las hermanas Canessa, tipos de belleza expresiva y fina, y aunque las obras no están terminadas, ya puede decirse que se contarán entre los mejores lienzos de Noé. Estos retratos y los paisajes y cuadros de figura en los que trabaja para la Exposición Nacional de Noviembre, figurarán entre los más valiosos aportes a ese acontecimiento artístico; oportunidad de un triunfo más para el joven artista que, después de una larga lucha, comienza a ver recompensados sus esfuerzos.

(Tomado de “El Diario de Hoy”. — 20 octubre de 1946)

Noé Canjura y el itinerario de la luz

Por Hildebrando JUAREZ

La vida eterna, la gloria de un pintor, está en las galerías, en los grandes salones, en los museos del arte. La condenación está en el olvido. Noé Canjura ha muerto y duele hasta en el fondo del alma reconocerlo. Empero su obra, en pleno proceso de maduración, permanecerá como una luz detenida mientras los materiales resistan el oleaje del tiempo.

La creación es una constante aventura y es una aventura el camino de la creación. En Noé Canjura esta aventura comienza en México. Estaba fresco el olor de las raíces telúricas y aún se mantenía en pie la lucha entre Apolo y Coatlicue, el enfrentamiento del arte mediterráneo y el arte americano representado por la escuela mexicana.

En ese yunque se forjó la experiencia que lo llevaría a París y que le dio las armas necesarias para resistir la presión del espíritu europeo. Si bien es cierto que este es un mérito para él, no deja de serlo también para los



HILDEBRANDO JUAREZ

que se quedaron en casa o retornaron a ella con el yelmo y la espada para luchar contra los rigores del ambiente.

Entre algunos artistas latinoamericanos que viven en Europa y los que viven en su tierra natal, hay una dife-

rencia, como el mismo Canjura lo reconocía. Los primeros retornan a las corrientes interiores natales mientras los segundos se esfuerzan en ignorarlas, dejando entrar en ellos la influencia del "abstracto decorativismo". Recuerdo a Vallejo. Su expresión americana no era la simple mención de nombres indígenas como cierto arte indigenista pretendió que fuera, sino la tristeza recóndita en el poema pero incapaz de ocultarse.

Noé Canjura, si bien reconoció la herencia que tienen nuestros países y que todavía está sin explotar, tampoco consideró como solución el arte de tipo "nacional". Como el resto de pintores latinoamericanos que ha triunfado internacionalmente, se adaptó al lenguaje moderno pero no en forma servil, sino con su propia calidad.

En entrevista publicada en un diario local, con motivo de su exposición en México para la Olimpiada Cultural, al preguntarle si se habían o no cumplido sus aspiraciones, respondió: "Las aspiraciones de un artista son generalmente secretas. A veces no se pueden formular; a veces no se desea porque se teme quitarles el encanto. Fijarse una meta es imposible, pues el artista está en cambio perpetuo y si se puede seguramente nombrar una aspiración sería la de adquirir la calidad suprema".

No le gustó detenerse a preguntar si estaba o no en buen camino. Marchó simplemente hacia adelante, seguro de su destino. Con esa humildad tan suya, de genuina transparencia, desdeñó las modas y no tembló jamás ante lo abstracto. Fue en París el mismo Noé Canjura de Apopa. No teorizó sobre su pintura, todo fue realización, testimonio constante. No adoptó poses de geniecillo ni de pantocrátor.

"Deseo llegar a los ochenta años con el pincel despierto", dijo; pero desafortunadamente, a los 48 años de edad, una vulgar hepatitis le ha vedado la luz para siempre. Alcanzar esa luz que comenzó a conocer con el maestro Valero

Lecha y que redescubrió durante dos cortas giras en veinte años a su país, sería su máxima aspiración. El colorluz de sus entrañas, sería el mensaje, la sinfonía del nuevo mundo de Noé.

Ahora debemos aceptar la muerte de su cuerpo, pero no la de su espíritu que vivirá mientras exista un cuadro que lo aliente, desde los primeros días de la creación, hasta llegar a "Le Repas", "Evocación de España", "Niños de Escuela", "Amantes", "La terrasse", "Enamorados", "Verano", "Lavanderas", "¿Qué sería sin ti?", etc. La mención de este último cuadro nos hace evocar su moreno perfil ante la tela, con sus espejuelos, la visera y el gabán, escuchando la canción "Que serais je sans toi?", con música de Jean Ferrat sobre un poema de Luis Aragón. Lo tengo cerca de mí en una serie de fotografías que me envió desde París. Me parece increíble su muerte. El lienzo me parece en calma y en silencio. No había nada en su inmensidad. Todo estaba en tinieblas. No fue hijo del sol, sino que él mismo fue un sol y por él fue hecha la luz en el cuadro.

Recuerdo sus últimos momentos en El Salvador. Entonces reconocí que cuando expresaba: "Si perdiera la nacionalidad salvadoreña sería como si me amputaran de lo mejor de mí mismo. Sufro por no poder ir a trabajar en esa tierra", no era un decir por decir, sino la nostalgia arrinconada en el alma de un americano en Europa. El día que nos despedimos en el Aeropuerto de Ilopango, en el momento de subir la escalerilla del avión que lo llevó a París y lejos y para siempre de El Salvador, me expresó desde lo más profundo de su ser, la gran contradicción del sentimiento que en ese momento lo acosaba: el regreso al movimiento artístico europeo, a los salones parisienes, al hogar establecido y, por otra parte, al contemplar la intensidad del color que a él tanto deslumbró, saber que se alejaba para siempre de su patria...

NOE CANJURA: INMORTAL

Por Alfonso ORANTES

Todos llevamos la muerte dentro; pero muy pocos, sólo los privilegiados, llevan su inmortalidad. Noé Canjura era uno de ellos. Su muerte en la plenitud de su vida y poder creador constituye duelo nacional, aunque al mismo tiempo, por esas paradojas de lo existente, lo hace inmortal porque su nombre, como artista, nunca podrá olvidarse.

En 1968 recién llegado de México, en donde había presentado en Bellas Artes, como representante de El Salvador en la Olimpiada Cultural, una exposición de treinta y dos de sus obras, sostuvimos una conversación en la que el artista expuso una serie de conceptos que ahora vamos a reproducir porque no sólo definen al ser humano y comprensible que era, sino al artista insatisfecho y deseoso de alcanzar más altas metas.



ALFONSO ORANTES

Yo decía a Canjura que tenía presente lo que Valéry había dicho: “siempre debemos excusarnos de hablar de pintura”. La obra de arte es la llave que abre el corazón del hombre y según Heidegger “es desocultamiento del ser”. Tratar acerca de ella, siempre es delicado.

En el caso de Canjura tanto la crítica francesa como norteamericana y mexicana reconoció en él a un exponente de la pintura moderna “con diferente sentido de lo que es el individualismo” al decir de Sandra Rousseau y con vaticinios como los que hiciera Wally Findlay al expresar que en Canjura “encontramos a un pintor que va a alcanzar una estatura de gran artista” no sólo por su color, sino por su sensibilidad extrema. El mismo Findlay insistió en que: “Canjura que vive en París, está destinado a ser uno de los grandes pintores contemporáneos de Francia”, añadiendo que: “Dentro de corto tiempo tendrá la estatura y los aplausos de Bernard Buffet”.

La crítica de entonces le llamó “un mágico de inmensos recursos” y todavía agregaba: “Algunas de sus obras nos parecen hechas con el material con que se construyen los sueños”.

Pero aparte de los elogios que se prodigaron y del reconocimiento a su talento y sensibilidad, lo importante de su pintura consistió en que “jamás se desligó de su tierra.”

Noé Canjura ha sido unánimemente reconocido como un colorista; pero como había dicho Baudelaire: “Tener mucho colorido no es lo mismo que ser un colorista” y de acuerdo con lo expresado por Cézanne: “Pintar no es copiar servilmente” y algún tratadista renombrado ha dicho que: “Una obra de arte es más bien una organización de la sensación que un modo de representación”, y lo que en la obra de Canjura se advierte es que “reorganiza el espacio inscribiendo en un solo plan los impactos cromáticos de sus motivos luminosos”, según otro de sus críticos, al que agrega uno más que, en el pintor, “las formas no existen más que en función de la disposición de sus colores”.

Se ha reconocido que Canjura como pintor es un colorista porque no era un pintor con mucho colorido, sino porque había encontrado el secreto, y ese fue su hallazgo, de utilizar el color. Ante un cuadro de Canjura lo cromático arropa, deleita, y de su lirismo total el ánimo se siente como embrujada.

En México Canjura vendió varios cuadros y cedió al Ministerio de Relaciones Exteriores del país hermano el cuadro intitulado “Florales”, de la serie correspondiente al que asimismo cedió al Ministerio de Relaciones Exteriores de El Salvador, antes de haber recibido el nombramiento de Agregado Cultural de la Embajada en Francia.

Según me expresó Noé, su permanencia en México fue para él una gran experiencia desde el punto de vista artístico y humano. Tenía miedo de exponer en Latinoamérica, me dijo. La crítica de Crespo de la Serna y Fernández Márquez, sin embargo, fue justa con él. Sólo un joven mexicano de izquierda:

De Neville, le hizo una crítica muy acerba, pero muy útil respecto a su pintura, según me confió. De Neville dijo a Canjura que su expresión artística llegaba demasiado tarde. En Centroamérica, le indicó, el arte está por hacer y añadió: “—¿Por qué usted Canjura no se dedica a trabajar y hacer un arte sobre la miseria y la vida de estos pueblos?”

Canjura me confesó que sintió que este aspecto crítico le llamaba y le infundía dinamismo, porque metido dentro de la forma de pintura europea pensaba que iba a poder ver mejor el continente americano; pero para eso, insistió, es necesario convencer a los americanos en el sentido de que soy sincero en mis intenciones y de que me doy un largo tiempo todavía para poder alcanzar ese anhelo.

Canjura, dentro de su modestia, expresó que todavía le faltaban veinte años para llegar a alcanzar la perfección desde el punto de vista de contenido e intención.

—Pueda ser que mi pintura evolucione en sentido de técnica más moderna. Mi ambición sigue joven, me dijo.

Más de un crítico lo ha comparado con Bonnard y Buillard, porque han dicho que la pintura de Noé es intimista.

Al preguntarle su opinión respecto a la Escuela de París respondió:

—Es que esa escuela la hacemos todos los extranjeros; ella se alimenta de esta sangre extranjera que llega nueva como cuando llegó joven Chagall, Picasso...

Y al preguntarle qué opinaba respecto a los movimientos pictóricos actuales *Pop* y *Op*, respondió:

—Son el nuevo dadaísmo.

Deseando saber dentro de qué corriente se hallaba, Canjura me respondió que estaba dentro de un movimiento pictórico que tiene las siguientes características: la del post-impresionismo. El impresionismo y el post-impresionismo, me dijo, son tendencias que no pueden extenuarse en cincuenta años, de lo contrario todo se reduce a moda.

Al indicarle que por él había tenido noticia de haber comprado el estudio de Utrillo en París, me dijo:

—Lo adquirí, vendiéndolo luego para comprar una casa contigua, autónoma, en cuyo patio hay un sicomoro de 300 años. Perteneció a un humorista famoso: Courteline.

Ahí tenía Canjura su estudio parisiense y fuera de la ciudad poseía otro donde preparaba sus exposiciones.

Al preguntarle cómo veía el porvenir de la pintura en nuestro medio y el arte en general entre nosotros, me contestó:

—El arte, en general, está ligado a la evolución de la vida de los pueblos

centroamericanos que con 147 años de libertad no pueden madurar todavía, hasta que los mandatarios y la gente culta no comprendan que el arte es esencial para el hombre. Esto será comprensible cuando se haya hecho costumbre, hábito, incluso deber. Lo mismo que para fomentar orquestas y auspiciar editoriales.

Canjura me dijo entonces: —En cualquiera de los predios deshabitados de San Salvador, o en alguno de ellos, en el que estuvo la Penitenciaría, debían construirse, por de pronto, cuatro habitaciones: dos dedicadas a oficinas, otra a una carpintería, para armar marcos y la más grande para que haya permanentemente una exposición de las obras de los artistas salvadoreños, y agregó:

—Que se forme al funcionario normal, entusiasta y competente, que sirva a esos propósitos, pero que no lo dejen solo.

Al preguntarle acerca de la exposición presentada en San Salvador, Canjura, entonces, me respondió:

—Mi exposición ha sido una especie de guión entre los pintores salvadoreños, en el sentido de que todos han dicho, unánimemente, que mi técnica es buena; y creo que todos están más o menos contentos de haberla visto porque, además, les ha revelado la expresión del trabajo tesonero del artista.

Canjura había venido entonces, según me confió, por iniciativa privada. De 30 cuadros que trajo se quedó con ocho.

—Me regreso, lleno de impresiones tremendas, me dijo. La gente de Apopa me recibió en forma triunfal. Desearía rendirle un homenaje de corazón. Fui reconocido entre la multitud por humildes moradores de Apopa y en San Juan Tepezontes cuando expresé mi deseo de tomar algo típico y comer algo popular, me llevaron a una venta de chilate y nuégados.

Por razones que no es del caso expresar, esa conversación sostenida con Canjura debió hacerse pública a raíz de su regreso a París. Ahora con motivo de su para mí muy sentida muerte la ofrezco.

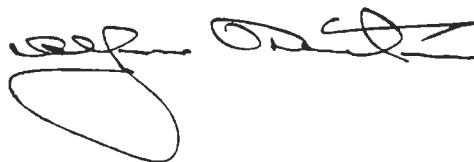
Un crítico mexicano al hablar de la obra presentada por Canjura en el Palacio de Bellas Artes, en la Sala Internacional, en julio de 1968, dijo: “Su pintura es una síntesis del arte europeo y del nuestro —sobre todo del mesoamericano”.

Pierre Cabanne, uno de los críticos más instruidos y autorizados de Francia hizo una extensa referencia a la obra de Canjura. Claudia Lars hizo la traducción que fue publicada en “Guión Literario”.

Además Noé Canjura ilustró tres libros de Henry de Montherland, ese trabajo estaba constituido por doce litografías a seis colores cada una. Los títulos de las obras que deben haber aparecido en 1965 son: “Le Maître de Santiago”, “La Ville dont le Prince est un Enfant” y “Port Royal”.

La sola enumeración de las exposiciones en que tomó parte desde 1942

hasta 1970, llenarían muchas páginas. Los trabajos de Canjura han sido comprados por la ciudad de París, el gobierno francés y por varios museos de diversos países. Fue miembro de la Sociedad Nacional de Bellas Artes, del salón de la joven pintura, del salón de otoño, salón de independientes. Su renombre tenía ya dimensiones universales y ahora con su muerte, su obra y su nombre se perpetúan: ya es un inmortal para gloria suya, de El Salvador y de Centroamérica.

A handwritten signature in black ink, consisting of a large, stylized initial 'C' followed by a series of loops and a final flourish.

Fragmento de una carta de la viuda de Noé Canjura al pintor salvadoreño Raúl Elas Reyes

(Traducido del francés por Claudia Lars)

“Debo darle algunos detalles sobre la vida familiar de Noé:

Era un hombre de la tierra; le complacía, más que todo, permanecer en el campo, donde trabajaba mejor. Nosotros pasábamos cuatro días de la semana en Morienval. El trabajaba allí muchísimo, y cuando deseaba descansar se ocupaba del jardín, podando los setos y los rosales, ocupándose de todo. (Los dos habíamos plantado la vegetación completa de nuestro jardín).

En otro aspecto, era extremadamente oficioso y tenía manos muy diestras. Le encantaba carpintrear y poseía un verdadero taller, bien establecido, con todos los utensilios imaginables, de los que se sabía servir admirablemente. Muchas cosas de nuestros dos hogares fueron hechas por él.

Era un madrugador, al revés de muchos de sus compañeros (a quienes no se les puede telefonar sino después del mediodía). Estaba de pie a las siete de la mañana y preparaba el desayuno. Después de su aseo (que se realizaba mientras oía música) salía con nuestras perritas, “Lucrece” y “Mousseline”, para dar un paseo en la propiedad. Luego, subía al taller, que era, en verdad, su “capilla”. Por naturaleza era melómano y dueño de un oído extraordinario. Siempre trabajaba escuchando sus discos preferidos. Comenzaba a tener una buena discoteca, pues sabía escoger las mejores obras de grandes maestros, así como de notables ejecutantes de orquesta: Bach, Beethoven, Mozart, Chopin, Brahms, Debussy, Schubert, Ravel, Honegger, Tchaikovsky, R. Korsakoff, Johann Strauss, etc... Sus cantantes preferidos eran: Jean Ferrat, Leo Ferré, Jacques Brel, Brassens, Serge Reggiani, Juliette Greco.

Noé era un artista en todo el significado de la palabra, con lo que eso contiene de sensibilidad, sufrimiento, necesidad de soledad algunas veces. Creo que yo había comprendido muy bien su carácter y sus deseos y que nuestra

vida fue armoniosa. Era un compañero excepcional. Tal vez algún día me sentiré tranquilizada, pero consolada, *nunca*...

Tenía gran valor y también perseverancia en lo que emprendía: últimamente había logrado, solo, por medio de un curso por correspondencia, hablar perfectamente el inglés. Todos los días estudiaba dos horas, ayudado por su magnetófono. Y, sobre todo, amaba a sus amigos: a usted, Raúl, porque usted significó mucho en su vida, y a los amigos de Francia que supieron corresponderle. La noticia de su fallecimiento fue como un reguero de pólvora, pues no estuvo enfermo ni quince días. Vi sollozar a varios compañeros y algunos no tocaron sus pinceles durante semanas. Nadie me lo creerá: sin embargo, el domingo fui al pequeño cementerio a visitar la tumba que fue levantada el viernes... Escogí granito casi negro, sencillo, con una cruz de granito *muy negro* empotrada en él. Mandaré una fotografía...

Cuando mire a Don Valero (Lecha) déle mis recuerdos mejores y dígame que le escribiré pronto".

Opiniones sobre Noé Canjura

Pierre Cabanne

Jamás se ha desligado de su tierra. Como todos los de la Escuela de París, después de las primeras emigraciones del principio del siglo, guarda hurañamente la marca de ella: su luz, su cálida violencia, el acre aliento de sus espacios desnudos y la opresión fascinante de sus selvas; quizás la nostalgia de una tarde color violeta, cuando los hombres regresan a sus aldeas abrumados por el cansancio del trabajo del día, o la caricia del viento, el perfume de las flores silvestres, el misterio de una noche más sofocante que las otras, plena de roncós gritos de pájaros, murmullos y llamadas, así como el recuerdo de una queja o de un amor, y todos esos rostros burilados por el sufrimiento y el esfuerzo, de color de pan demasiado cocido, cuyas miradas no pueden olvidarse.

• • •

Lettres Francaises

París, 25-31 octubre 1967.

Canjura (Galería Drouant), hijo de campesinos de la América Central (El Salvador) siguió en un principio el camino de Rivera, Siqueiros, Orozco. Sus imágenes actuales están integradas a una evolución que sin renunciar al pasado, se integra a lo que París ha podido ofrecerle. Acordonando únicamente un valor relativo a nuestras sensaciones visuales, Canjura reorganiza el espacio inscribiendo en un solo plano los impactos cromáticos de sus motivos luminosos. La asociación de formas lleva a nuestro artista a sus raíces campesinas, y en esta forma una silueta infantil puede terminar en flor. Gustosamente calificaría esta pintura como la del tiempo de la memoria. El aporte de sus metamorfosis es interesante y hermoso.

Henri Adam.

• • •

Nouvelles Littéraires
París, 2 de noviembre de 1967.

A propósito de Canjura no podemos hablar ni de misterio, ni de fantástico. Se contenta con ser pintor, y de ofrecernos una imagen de la vida cotidiana. Si suscita en nosotros resonancias profundas, más allá de lo que nos muestra, es porque su sensibilidad, siempre despierta y en guardia, se subleva y nos subleva. Colorista sutil, gusta de los ritmos tiernos; nuestro mundo, bajo sus pinceles, se transforma dulcemente, mitad realidad, mitad sueño. Estábamos seguros de que Canjura es un pintor que vale, que cuenta: aquí está como uno de los mejores de su generación, la de los hombres que doblan el cabo de la cuarentena.

Jean Daleveze.

* * *

Bien Vivre. París.

Los paisajes alternan en la obra de este artista con las escenas de la vida silenciosa. Pintor pagano, Canjura comulga con las fuerzas del mundo. Para medir el camino recorrido después de haber llegado a Francia, y después de su matrimonio con una joven francesa, se puede confrontar *La Siesta*, cuadro adquirido por la Municipalidad de París (1958) y la *Pareja* (Couple), obra pintada en México alrededor de unos diez años antes. Por una parte nos encontramos delante una transcripción de la célebre *Meridiane de Van Gogh*. El hombre y la mujer son tratados como seres exclusivamente carnales. Por otra parte descubrimos criaturas de Dios, yacentes medioevales o amantes místicos.

Waldemar George.

* * *

Le Nouveau Journal
París, 19 de octubre de 1967.

(Todas las Exposiciones del Día vistas por Raymond Charmet).

Canjura. El talento del artista salvadoreño ha llegado a su plenitud: colores frescos, claros, resplandecientes; formas simples y dilatadas, casi geométricas, devoradas por la luz. Hay una gran ternura en las amplias escenas familiares, surgiendo como de visiones de un sueño, dulces y admirables.

* * *

Santé Publique
París, noviembre de 1967.

Canjura hijo del Sol.

La paleta de Canjura parece forjada de soles. Sus cuadros fulguran, estallan semejando una ebriedad de luz. Nacido en América Central, de linaje indígena, Canjura ha mantenido vivo desde sus orígenes un amor extraordinario por los dioses de la luz, y los ha adorado. Las formas humanas, las líneas terrestres en su construcción. Después de la época oscura de los años 55-60, aquí está más y más atraído, abierto, hacia el esplendor, hacia la magnificencia de una naturaleza vibrante y cálida. No se podría tener más libertad para expresar tan bien lo inexpresable.

* * *

L'Information Artistique. París 1961.

A las construcciones más dogmáticas, más definidas, que marcan su iniciación, sucede ahora una especie de expresión, o de independencia, que acompaña al lirismo, se infiltra al ojo y denota una plenitud en la ejecución de sus diversos juegos cromáticos.

Su paleta se ha encendido por completo. La ha libertado de los tonos sordos, rudos, ligeramente agresivos a

que se aficionaba en sus comienzos, para adoptar una gama de medias-tintas, más de acuerdo con su actual propósito, tonalidades en las que refuerza con arte las modulaciones de un pincel que maneja ahora a su entera confianza.

R. de Cazenave.

* * *

Pinta con ligeras pinceladas y diluye sus colores, tiene un mundo de cosas que decir y se domina, liberándose a medias, dejando al visitante, al amigo comprensivo, el cuidado de completar el mensaje. En su paleta se encuentran tintes claros, sutiles, a los cuales, raramente se les junta un negro que el pintor se apresura a amortizar. Aunque pinte paisajes, naturalezas llamadas muertas, escenas exteriores, se expresa con una intimidad que sabe apreciar lo más importante: "Tournesols" (Girasol), "La Repasseuse" (Planchadora), la "Conversation Dans la Rue" (Plática callejera) entre mujeres del pueblo, cualquiera que sea el espacio cubierto por el color, son como confidencias, bajo la luz del sol que brilla sin quemar. Con Canjura el recato y la osadía se entienden a la perfección, dando vida a obras de gran resonancia.

Robert Barret.

* * *

Le Figaro

París, 31 de octubre de 1967.

Canjura ofrece, en sus telas recientes, parejas, escenas de la vida cotidiana. Canjura es un colorista. Las formas no existen más que en función de la disposición de sus colores, y así obtiene composiciones atrayentes, luminosas, más o menos figurativas, pero siempre evocadoras.

* * *

Christian Science Monitor.
Boston, Mass. 18 julio 1967.

... Los trabajos de Canjura han sido comprados por la ciudad de París, el gobierno francés, y por varios museos en diversos países. Es miembro de la Sociedad Nacional de Bellas Artes, del salón de la joven pintura, del salón de otoño, salón de los independientes. Participa a los salones siguientes: Peintres Temoins de Leur Temps, Comparaisons, Terres Latines, etc. Expone frecuentemente en París, en Ginebra y en las Wally F. Galleries de New York, donde los trabajos en estas páginas fueron expuestos.

Louis Frost Turley.

* * *

La Tribune de Gêneve.
18 marzo 1966.

... En la serie actualmente expuesta (Galerie Léandro) casi siempre la presencia humana está reducida a algunas siluetas apenas insinuadas, pero caracterizadas con suficiencia, como para que se impongan a tal grado que en las telas en las que figuran esta especie de apariciones, parecen superiores, para mí, a las otras desprovistas de ellas.

Hay mucha, mucha alegría en esta pintura luminosa, en que los relámpagos se transforman en gavillas. Pintura ordenada, pero ligera, pintura lírica, pero conteniendo una confrontación con la naturaleza y con ciertos imperativos del espíritu.

Arnold Kohler.

* * *

Signatures

La Plaine St. Denis, noviembre 1966.

Canjura: una paleta personal, un sentido innato del oficio y de la com-

posición y cierta magia poética de un artista que al redescubrirnos el motivo lo hace pasar por un lirismo a la vez fuerte, poderoso y refinado en sus evocaciones.

Después de su última exposición, parece que el arte de Canjura se ha reafirmado más. La paleta es más rica y mejor matizada. Ha eliminado casi por completo los amarillos-limón un poco ácidos y sus anaranjados se han vuelto más suaves, más aterciopelados. La composición es menos sistemática y hay telas construidas con sutiles juegos de materia y de transiciones de una gran audacia y de una bella virtuosidad que encantan a los conocedores.

H. L.

* * *

Le Peintre — Guide du Collectionneur
París, 15 de octubre de 1967.
(Canjura - Galerie Drouant).

Canjura, que construye siempre sus obras confrontando los mayores recursos que se originan en un motivo —formas dilatadas y de matices uniformes— parece haber recibido nuevos impulsos después de la magnífica exposición de Bonnard. Sus obras son mucho más animadas, más agitadas,

más vivas que hace algunos años. En un reparto de personajes juveniles, de niños, de flores, de frutas, borda composiciones en donde los elementos se diluyen adhiriéndose al color que les envuelve, a la luz que les baña más que a su constitución interna. Es hermoso, inteligentemente concebido y nada rebuscado.

* * *

Journal de l'Amateur d'Art.
París, 25 octubre —
10 noviembre de 1967.

(Canjura). La pintura de Canjura se caracteriza por la intensidad de sus colores claros. Las formas se desprenden de luminosas armonías sin violencia y con mucha sensibilidad. A veces, por cierto, estas formas, cuerpos o rostros, soportan dificultades para determinarse, cuando el cuadro es grande y los colores están menos estructurados. Pero es raro que el artista pierda el control de su creación. Conserva el camino de una realidad poética en donde las bellas tonalidades se asemejan en ciertos cuadros a los que Vuillard tanto quería.

J. M.



Retrato de Noé Canjura, con Julia Díaz, Mario Araujo Rajo, Raúl Elas Reyes y Maestro Valero Lecha.



"Calle".



Retrato de Noé Canjura.



Retrato de Noé Conjura.



"Mercado en El Salvador".



"La Familia".



Maquette pour "La Ville dont le Prince est un Enfant".



Maquette pour "Le Maître de Santiago", de Montherland.



Maquette pour "Port Royal", de Montherland.



"Evocación Mexicana".



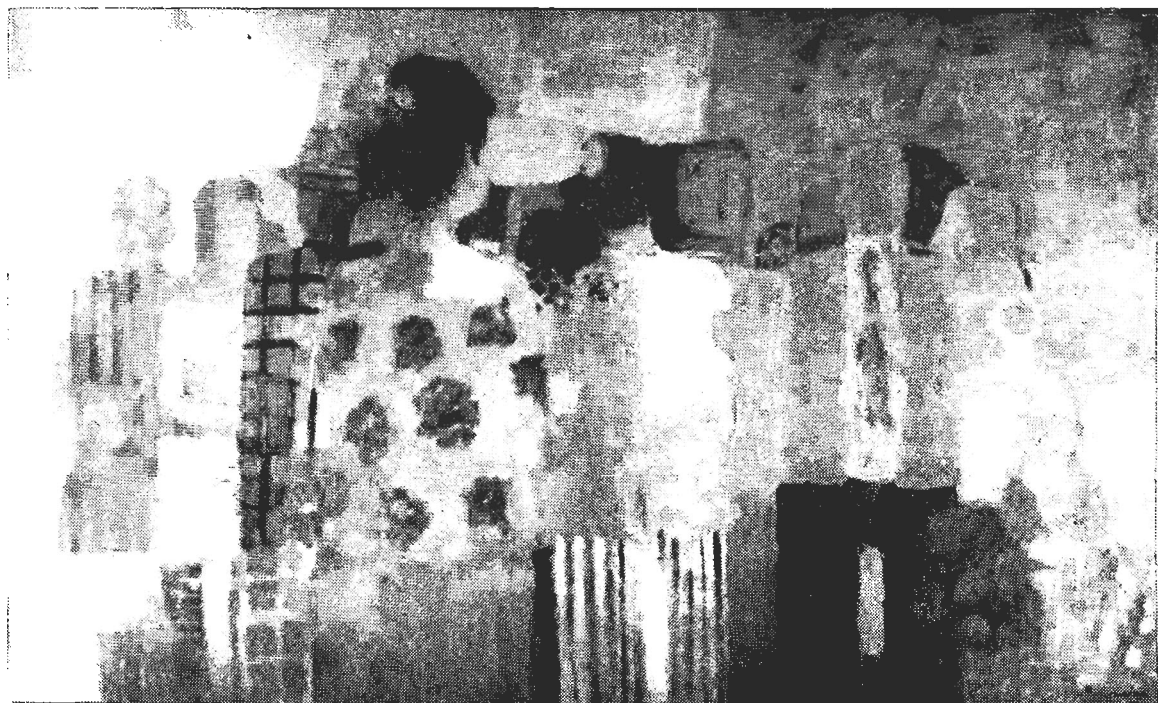
"Floralias".



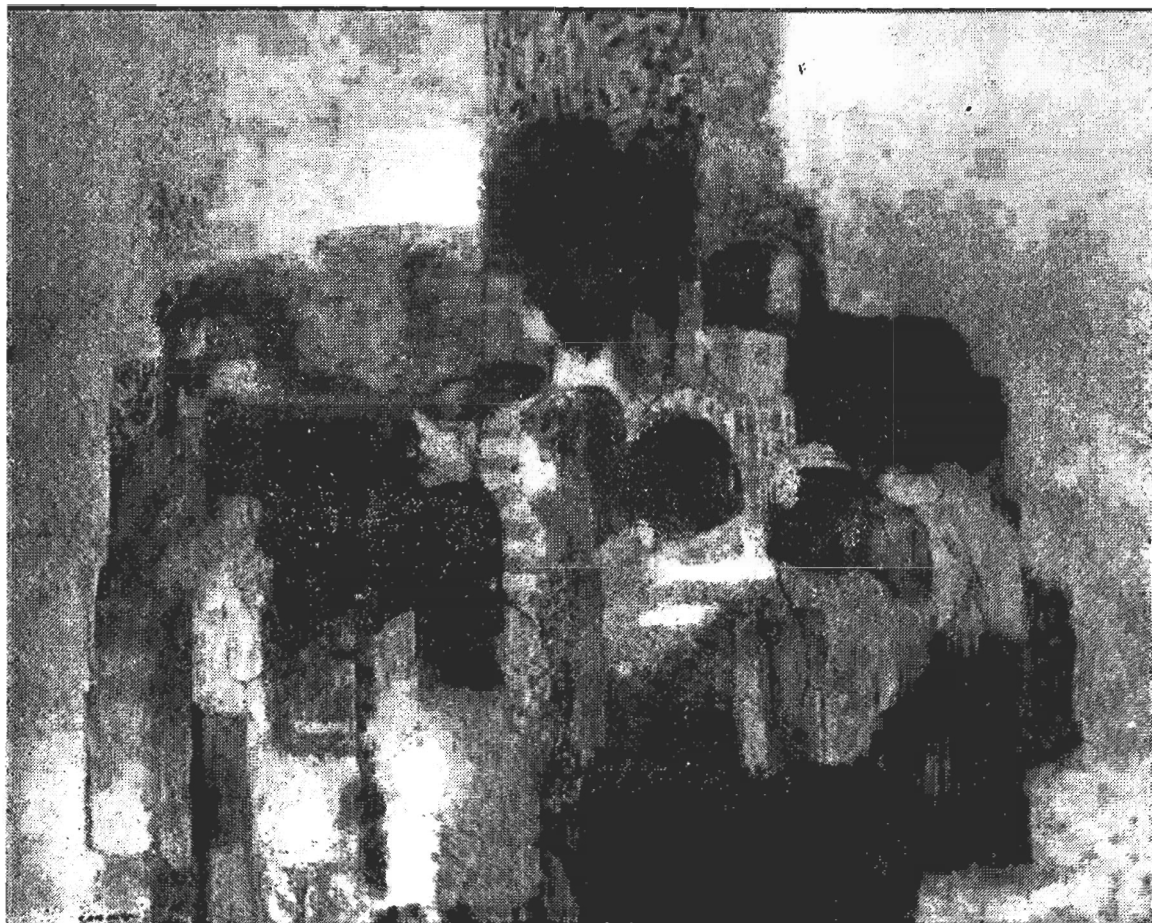
"La Cosecha de Girasoles".



"La Terraza".



"La Multitud".



"Los Niños de Escuela".

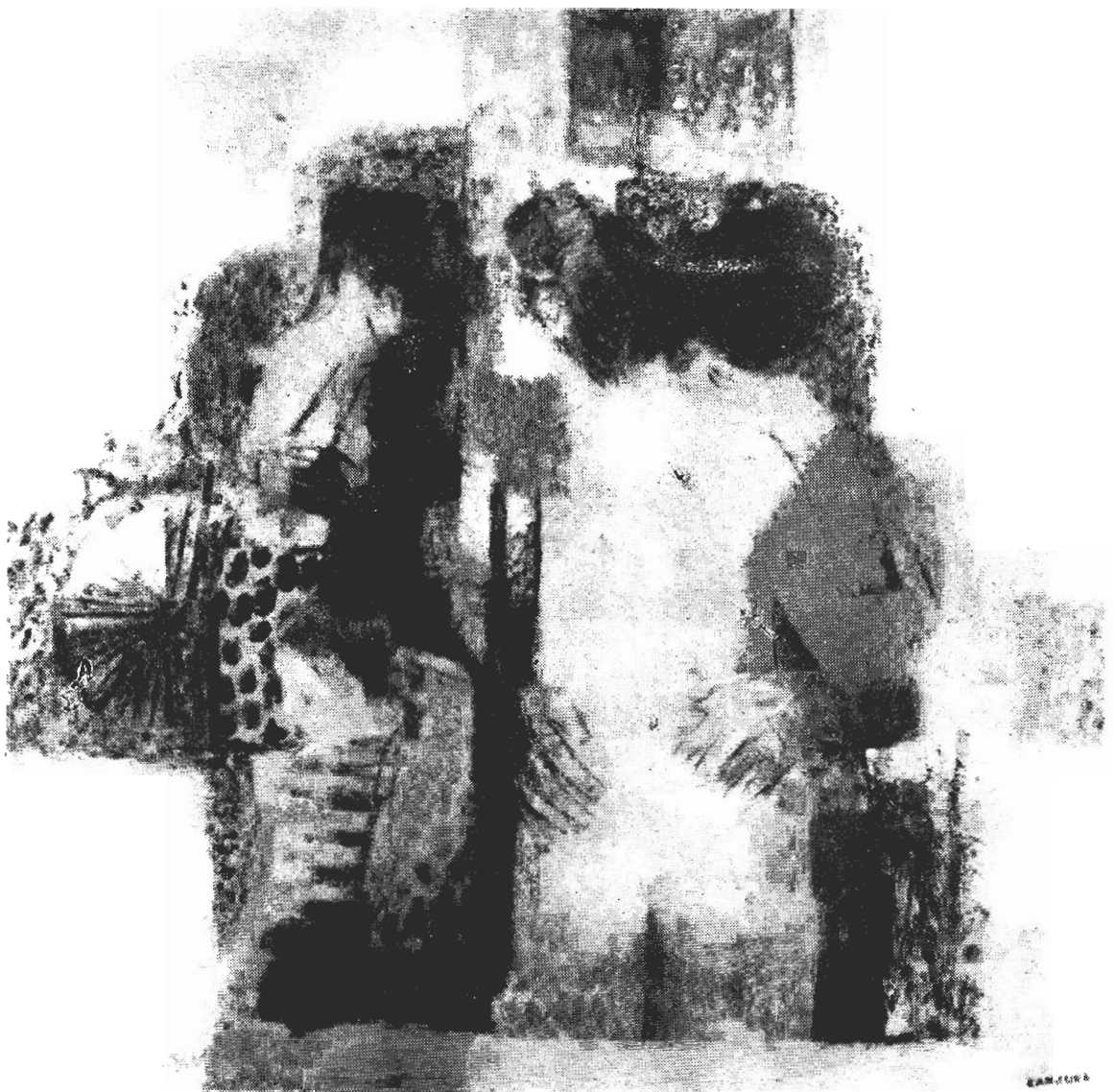


CANJUBA

"Verano".



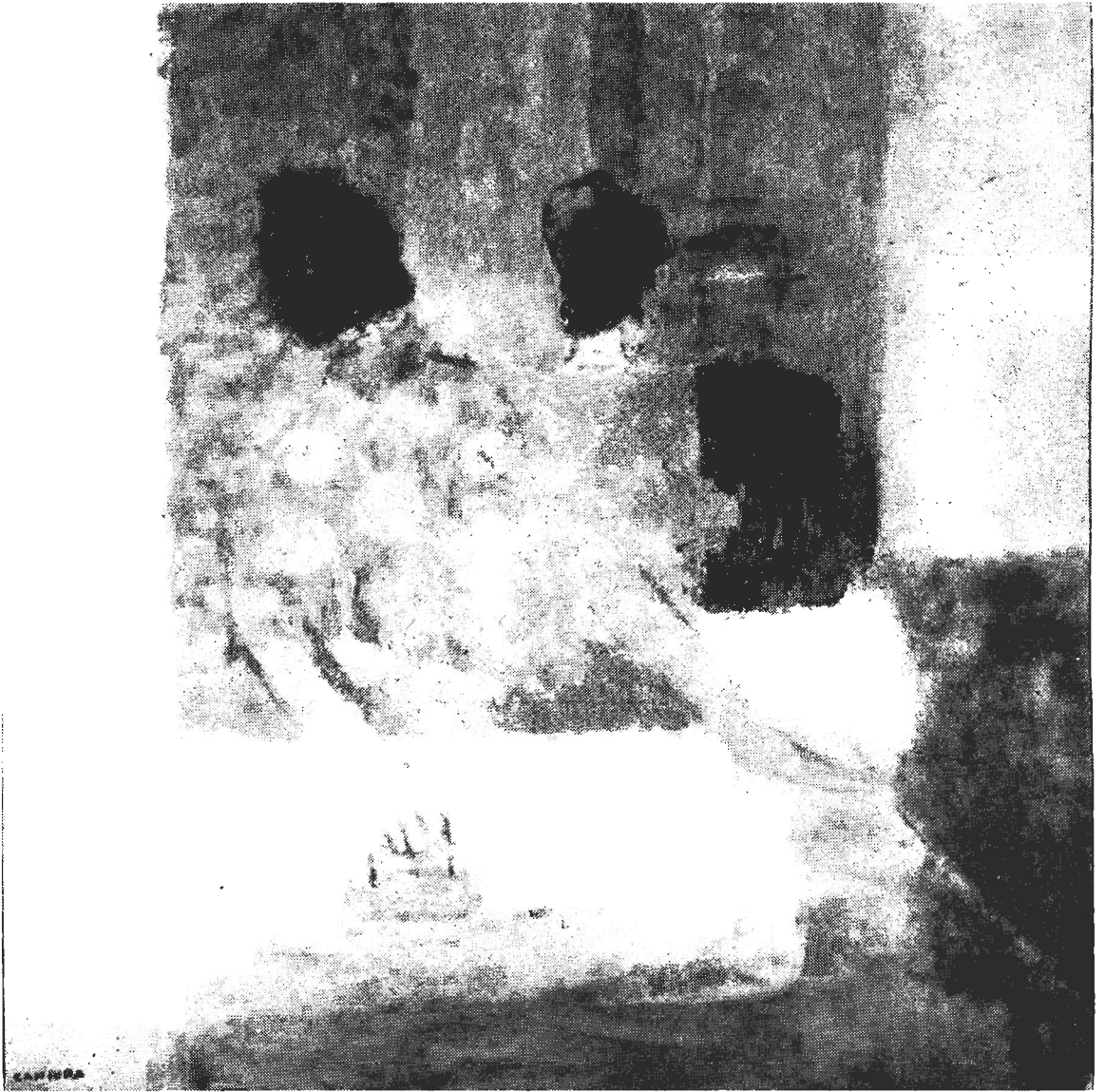
"Homenaje a Goya" o "Evocación de España".



"Simple Historia de Amor".



"Alcatrazes".



"Las Planchadoras".



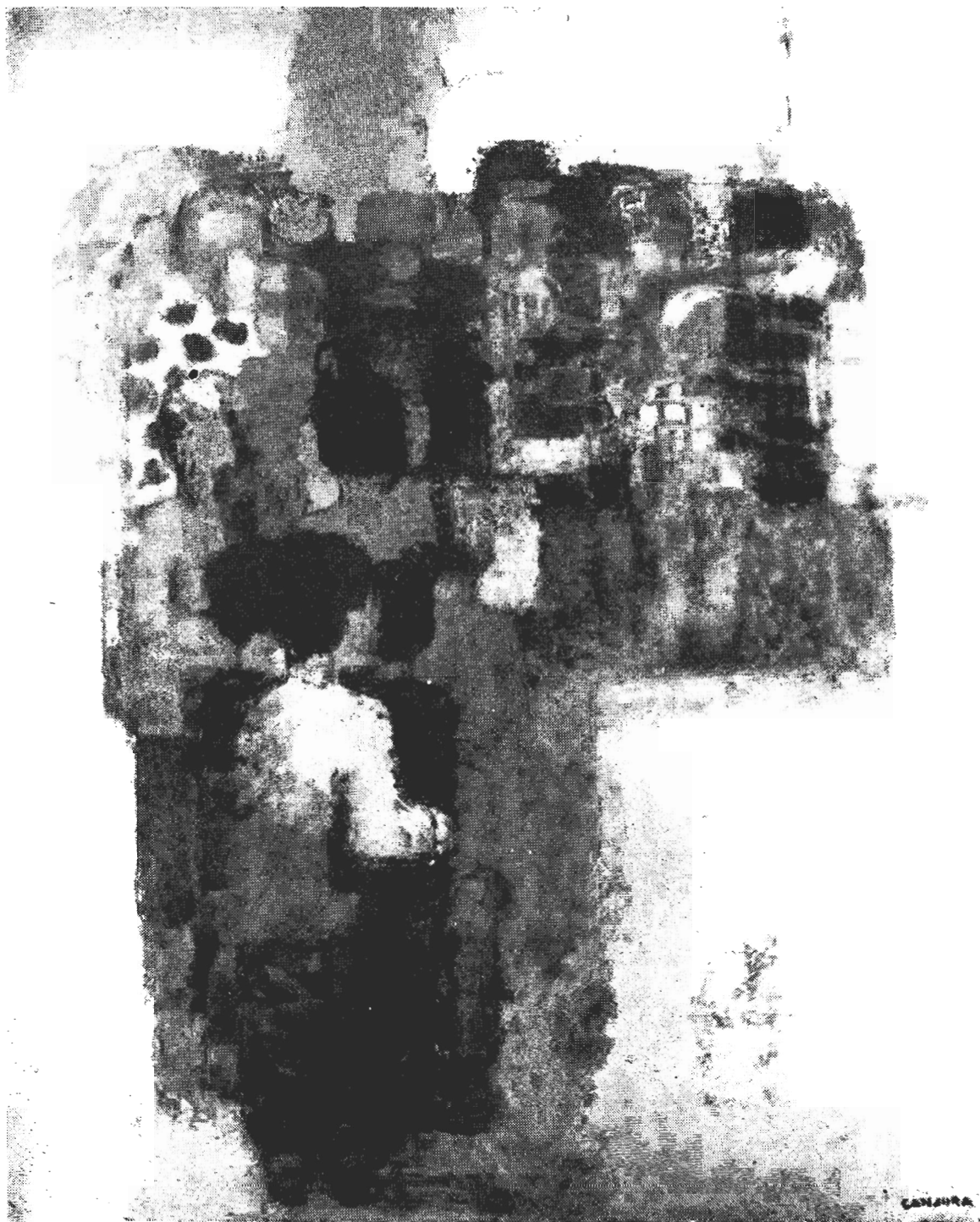
"La Comida".



"Amores Simples".



"Mercado".



"Escolares".



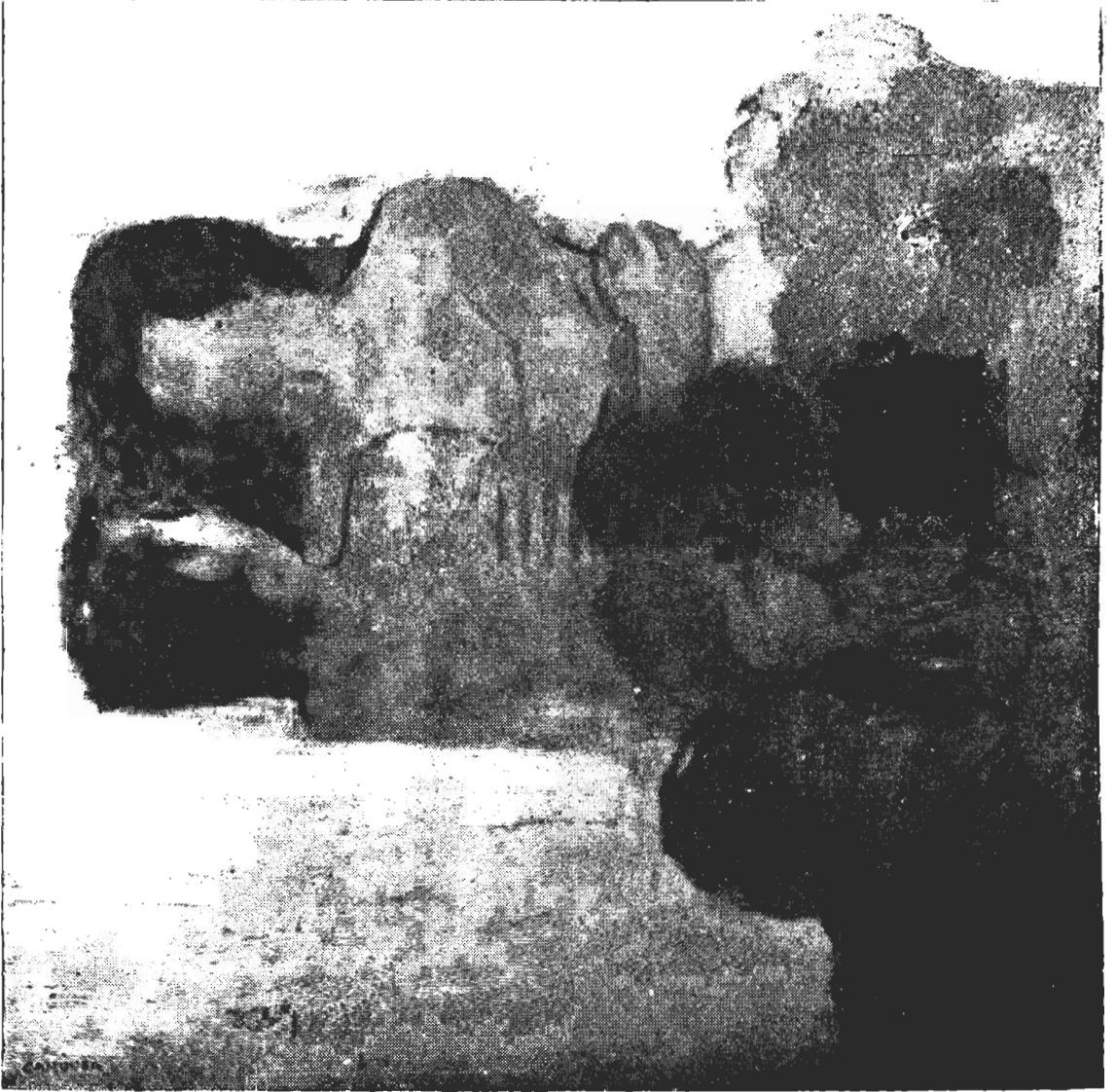
"Amantes".



"Evasión".



"El Niño Dormido"



"Los Amantes".

